

Una mirada sobre los demás
P. Fernando Pascual
18-2-2012

Encontramos a nuestro alrededor personas muy diferentes: por sus comportamientos, por su carácter, por sus ideas, por sus edades, por sus idiomas, por su cultura, por su religión.

Algunos resultan más simpáticos. Tal vez congenian con nuestro modo de ser, de pensar, de hacer. Otros resultan más antipáticos, y no siempre identificamos claramente por qué, aunque en ocasiones la antipatía tiene causas muy fáciles de señalar: ofensas, diferencias serias en temas importantes, modos de actuar, etc.

El cristiano también percibe estas diferencias. Al mirar a sus hermanos en la fe, nota que aprecia más a algunos y menos a otros. Incluso formula juicios duros sobre algunos, quizá de la misma parroquia, y juicios más benévolos sobre otros.

No faltan, además, quienes escandalizan a los demás. Ciertos comportamientos o modos de ser producen un fuerte rechazo. Esto ocurre tanto respecto de los que están cerca (familiares, amigos, compañeros de trabajo) como respecto de lejanos: ¿no se nos ha escapado alguna vez una palabra especialmente dura contra algún político que aparece en la pantalla del televisor, por lo que hace o por lo que deja de hacer?

Si vivimos a fondo nuestra fe, si deseamos sinceramente comportarnos como buenos católicos, tendremos que purificar esa mirada. En los demás existen factores y condicionamientos que no conocemos. Además, quien hoy se comporta de una manera, ¿no puede, por la gracia de Dios, dar mañana un paso hacia la conversión sincera?

Resuenan en nuestros oídos las palabras de la Carta de Santiago (4,12): “Uno solo es el legislador y juez, que puede salvar o perder. En cambio tú, ¿quién eres para juzgar al prójimo?”

Con realismo y con una delicadeza especial, san Agustín explicaba que hay que recordar a los que van a ser bautizados que encontrarán en la Iglesia personas de comportamientos y actitudes muy diferentes: buenos, regulares y malos. ¿Cuál es la mirada correcta ante tanta diversidad? “Imita, pues, a los buenos, tolera a los malos y ama a todos, pues no sabes qué ha de ser mañana el que hoy es malo. Y no ames su injusticia, sino ámalos a ellos precisamente para que aprendan la justicia” (“La catequesis de los principiantes”, 27,55).

Hay una reflexión parecida en una obra de C.S. Lewis que tiene como título “Mero cristianismo”. Cuando habla de las diferencias entre los seres humanos, subraya cómo hay comportamientos negativos que están muy condicionados por problemas psicológicos. Otros actúan bien gracias a una buena educación. No falta quien se comporta de una manera o de otra según los cambios de la presión atmosférica. En otras palabras, cada ser humano tiene una cierta “materia prima” con la que luego construye sus acciones. Quienes han recibido muchos dones serán juzgados por Dios con más dureza que otros que han recibido menos. En sus palabras:

“Algunos de nosotros, que parecemos personas bastante agradables, de hecho podemos haber aprovechado tan poco lo bueno que heredamos, o una buena crianza, que en realidad somos peores que aquellos a quienes consideramos malvados. ¿Podemos tener certeza alguna respecto a cómo nos habríamos comportado si nos hubieran cargado con las condiciones psicológicas, y luego con la mala formación, y luego con el poder de, por ejemplo, Himmler? Tal es la razón de que se diga a los cristianos que no deben juzgar. Sólo vemos los resultados de lo que las elecciones de un hombre

pueden lograr con su materia prima. Pero Dios no lo juzga en absoluto por su materia prima, sino por lo que ha hecho con ella. La mayor parte de la estructura psicológica del hombre probablemente se debe a su cuerpo; cuando su cuerpo muere, todo eso se desprenderá de él, y el verdadero hombre central, el que eligió, el que hizo lo mejor que pudo o desperdició tal materia, se erguirá desnudo. Un montón de cosas agradables que creímos nos eran propias, pero que en realidad eran consecuencia de una buena digestión, se desprenderán de nosotros; un montón de cosas desagradables debidas a complejos o mala salud, se desprenderán de otros. Entonces, por primera vez, veremos a cada cual como realmente fue. Y habrá sorpresas”.

Sí, habrá sorpresas en el día del juicio. Mientras, necesitamos formar nuestro corazón y nuestra mirada para reconocer en nosotros mismos y en los demás la acción maravillosa de Dios. Aquellos que nos dejemos modelar por el Maestro, alcanzaremos la misericordia, sea cual sea nuestro punto de partida. Por eso hemos de aprender a dejar de lado juicios precipitados sobre otros para introducirnos en el camino del amor que sabe perdonar y sobrellevar al hermano.

Algún día descubriremos muchas sorpresas, sobre todo al palpar concretamente cómo se hizo realidad, en personas que parecían pecadoras, una de las dimensiones centrales del cristianismo: “donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia” (*Rm 5,20*).